





PISTA EN EL DORMITORIO



Leonardo Amaya

PISTA EN EL
DORMITORIO



Primera edición: junio de 2019

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Leonardo Amaya

ISBN: 978-84-17961-02-2

ISBN digital: 978-84-17961-03-9

Depósito legal: M-21136-2019

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A Bibi, mi querida esposa



ADVERTENCIA

Si bien el argumento de esta novela está inspirado en un suceso ocurrido en el municipio de Segovia, ni los personajes, situaciones o móvil del crimen corresponden en manera alguna al plano real. De igual manera, algunos lugares existieron, otros existen aún y otros más fueron inventados o alterados nominal o geográficamente para adaptarlos a la historia.

Se infiere entonces que cualquier semejanza de los personajes o sucesos aquí narrados, con personas o hechos reales, será una coincidencia.



¿Qué mérito podría tener ser bueno,
sin la capacidad de ser un criminal?



Pues dondequiera que se encuentre el cadáver,
allí se juntarán los buitres.

EVANGELIO DE MATEO 24:28



I

Era domingo, y eso me gustaba. Porque ello significaba poder liberarme de la impecable camisa y el pantalón de dril, obligados durante toda la semana, para permanecer en casa vistiendo ropa vieja. Tener la posibilidad de trabajar en mi taller de bricolaje, limpiar el césped o podar mis plantas en vez de ir a la oficina; escuchar mis baladistas preferidos en vez oír quejas y denuncias; o ir de pesca en vez de asistir a consejos de seguridad. Eran estas mis expectativas para aquel domingo brillante y tibio; pero se desvanecieron cuando vi que mi amigo Luis Cano, estudiante de Criminología y secretario del fiscal del circuito, apareció en su vetusta motocicleta. Me acababa de bañar y, envuelto en la bata, salí al corredor a contemplar el nuevo día cuyo sol, en el inicio de su jornada, filtraba sus rayos glamorosos por entre las ramas de los árboles a manera de láminas; a escuchar la agradable sinfonía que ofrecían los trinos de azulejos, petirrojos, cirirís y mirlos que comenzaban a rondar el cebadero y a aspirar el fresco aire matinal impregnado de aromas vegetales. Era como siempre el mejor momento del día, hasta que observé al secretario de la Fiscalía aparecer en su chirriante vehículo. Lo primero que pensé al ver su semblante ansioso y la ligereza en sus movimientos fue que algo grave había ocurrido, y no me equivoqué. El buen Luca pocas veces me traía buenas noticias. Me fui hasta la verja seguido de Furano, mi perro: un pastor alemán de cincuenta centímetros de alzada que al ver a Luis se le abalanzó con ladridos desaforados y arrugando el hocico, que trataba de sacar por los intersticios del enrejado, para alcanzarlo.

—¿Qué ha pasado, Luis? —le pregunté cuando se detuvo ante la agresividad de mi can.

Su semblante estaba alterado; como si una impresión demasiado fuerte le hubiera afectado.

—Asesinaron a un hombre en un edificio de apartamentos de la calle Córdoba —me informó dándome una mirada de consternación.

—¿De quién se trata? —inquirí inquietado.

—Aún no sé cómo se llamaba; pero me han dicho que era oriundo de Maceo y que administraba un bar. Al parecer sucedió hace poco, esta madrugada. Lo apuñalaron en múltiples ocasiones. ¡Es algo horrendo! ¡Una verdadera carnicería!

—Espérame un momento, no me tardo —le dije y entré en la casa para vestirme.

Estaba decaído. Lo que había comenzado como un magnífico domingo se había convertido, tras una cruda noticia, en un día aciago; y mi ánimo, que unos minutos antes estaba sosegado, ahora se enfrentaba a la cruda perspectiva de muchos días tratando de resolver un crimen.

II

Cuando llegamos al lugar, un cúmulo de curiosos estaba ya a las afueras del edificio, indagando, ponderando y sin duda alguna especulando sobre quién, cómo y por qué habían asesinado al muchacho.

Luis aparcó. Bajamos de la moto y los policías, que habían formado una barrera a la entrada del lugar para impedir el acceso, nos abrieron paso. Ingresamos ascendiendo por unas escalas de baldosas color terracota que aún estaban iluminadas por una bombilla de luz blanca. En los pasillos el ambiente era opresivo y desagradable: cálido y saturado de vapores carbónicos. A aquel lugar le faltaba ventilación, o un buen sistema de extracción de gases. Cuando pensé en mi jardín y en el aire fresco y limpio que allí había respirado poco antes, deduje lo asfixiante que sería vivir allí.

Los inquilinos permanecían en el umbral de sus apartamentos, observando con curiosidad el movimiento policial, preguntando qué había pasado o protestando porque no los dejaban transitar.

Doblamos varias veces en distintas direcciones por aquellos estrechos pasadizos hasta que en una esquina del edificio al final de un corredor oscuro donde había huellas en sangre de un calzado liso que se dirigían hacia afuera, las que Luis nos encomendaba a todos no pisar, divisé, junto a una puerta que tenía atravesadas en forma de equis las cintas de la cadena de custodia, a Carlos Leguízamo, el fiscal, quien pese a ser domingo y encontrarse como siempre bajo los efectos de una resaca activa, se había presentado a cumplir con su deber. Lo acompañaban Gabriel Linares, un te-

niente de policía entonces comandante del distrito, un agente y un hombre obeso y blanco de cabello cano, entrado en la ancianidad, quien a su vez estaba acompañado de un joven alto y fornido que, por el parecido físico y la forma en que lo abrazaba, deduje que era su hijo. Cuando nos detuvimos frente a ellos percibí un olor ferroso y acre que emanaba de la habitación: El inconfundible olor de la sangre.

—¿Quién era la víctima? —le pregunté a Leguízamo cuando nos acercamos.

—Se llamaba Óscar Sepúlveda. Era oriundo de Maceo y trabajaba para el señor —me contestó señalando al anciano cuyos ojos habían enrojecido a causa del llanto.

Lo miré gravemente y me dirigí a él:

—Mi nombre es Héctor Suescún y soy el inspector de Policía. ¿Puede decirme quién es usted?

—Aníbal Ossa —respondió enjugándose el llanto con un pañuelo blanco.

—¿Qué trabajo hacía para usted el muchacho.

—Me administraba un negocio.

—¿Qué clase de negocio? —volví a interrogar.

Él me miró con recelo y replicó:

—Una cantina... con mujeres —dijo con un dejo de vergüenza.

—O sea que se refiere a un burdel.

—Sí. Era un buen muchacho, muy trabajador y honesto; pero demasiado confiado. Siempre le hablé del riesgo de traerse la plata para acá y nunca me hizo caso.

—¿Quién le ha dicho que lo mataron por robarlo?

—Bueno, ¿por qué otra cosa podría ser? Él no reñía con nadie —añadió llorando nuevamente.

—Vámonos, papá —le apremió el fornido joven que lo acompañaba—. Salgamos de aquí.

—Es conveniente que le haga caso —le aconsejé cuando vi que se rehusaba—. Aquí ya nada pueden hacer, vamos a proceder con el levantamiento y el trabajo forense. Váyase y trate de reponerse.

—Sí, papá, es lo mejor —dijo el joven tomándolo del brazo y apremiándolo a salir. Al parecer no le gustaba estar allí. Le rodeó los hombros y el viejo se dejó llevar, silente y cabizbajo, por el pasillo.

—¿Cómo está eso ahí adentro? —les pregunté.

—¡Horrendo! —respondió secamente el teniente.

—De lo peor que he visto —añadió el fiscal—. Quien lo haya hecho se excedió en su crueldad. Y no es que el hecho de asesinar no sea por sí solo un acto de crueldad; pero esta manera de hacerlo sobrepasa toda concepción de sevicia.

Aquel día vi por primera vez al fiscal Leguízamo compungido, y más que eso, aterrado. Era evidente que aquel crimen le había hecho mella en su carácter insensible y frío.

—Voy a entrar —anuncié agachándome y pasando por debajo de las cintas que se atravesaban en la puerta.

Cuando estuve dentro me di cuenta de que no exageraban en sus comentarios. Mi primera impresión ante aquel horrendo espectáculo fue tan fuerte que un escalofrío me invadió súbitamente todo el cuerpo. Bajé la vista y me la cubrí con una mano, tratando de prepararme para lo que debía observar. Levanté la vista de nuevo y abrí los ojos. La escena era tan cruda que ningún matadero podría ilustrar ni siquiera cercanamente un cuadro tan cruento. En el suelo, junto a una cama de madera, en una postura desbaratada y sin más ropa encima que un pantaloncillo bóxer, cuyo color era imposible definir por estar completamente ensangrentado, yacía el cuerpo exangüe de un hombre trigueño al que habían apuñalado numerosas veces desde el cuello hasta la cintura, incluso en los brazos, cuyas heridas desgarradas y profundas demostraban claramente que se había defendido inermemente de su brutal asesino. El desorden del lugar indicaba una lucha ardua y la gran cantidad de perforaciones en el cuerpo que fue prolongada. La víctima se había defendido hasta su último soplo de vida.

Había sangre en las paredes, donde quedaron las huellas alargadas de una mano; sobre la cama; en la pantalla de un televisor

que descansaba sobre una mesa tubular; en el piso, donde había improntas de pies descalzos y de una suela lisa, similar a las halladas en el corredor; y, por último, un charco espeso y oscuro donde prácticamente flotaba el cuerpo. Noté que la gaveta superior de un nochero lleno de salpicaduras había sido halada y hurgada, que un pequeño armario tenía una puerta abierta y habían caído varias prendas y una sábana, y que frente a mí, en la única y vasta ventana de vidrio, los pesados cortinajes color marrón estaban corridos casi hasta la mitad.

Aquella macabra visión me llenó de estupor, de miedo. Me quedé estático, dominado por un leve temblor. Solo pude reaccionar cuando sentí a Luca a mi lado, quien ya tenía la cámara fotográfica colgada al cuello.

—¿Qué opina, inspector? —me preguntó desconcertado.

—¡Una barbaridad! Nunca había visto algo ni siquiera parecido.

—Yo tampoco.

—Tendrás que ir acostumbrándote. Esto es el pan de cada día de todo criminalista.

Leguízamo y el teniente entraron y se nos unieron.

—Un agente me informa que acaba de llegar una muchacha. Dice ser la novia. Está desesperada y pide que la dejen entrar —advirtió Linares.

—Que traten de tranquilizarla y le impidan el acceso —expresé enfáticamente—. No podemos permitirle ver esto. Tal vez no resista —añadí.

El teniente hizo un gesto negativo a un policía que esperaba en la puerta y este se alejó.

—¿Quién encontró el cuerpo? —pregunté al teniente.

—La señora de enfrente —contestó señalando la ventana—. Salió a regar las plantas del balcón y lo vio a través del cristal. Nos avisaron y llamé al fiscal. Llegamos y nos vimos obligados a forzar la puerta pues pensamos que podía estar vivo. Claro que usamos unos guantes que nos facilitó el joven —dijo señalando a Luis— para alterar lo menos posible la evidencia.

—Yo les recomendé especialmente no tocar el pomo de la puerta —intervino Luis—, es muy probable que haya huellas del asesino. Cuando abrimos entré yo solo y lo ausculté, estaba muerto. Fue entonces cuando salí y me fui a por usted recomendando que nadie entrara hasta que llegáramos.

—¡Bueno, bueno! —le interrumpió el fiscal—. Para relatar pormenores habrá mucho tiempo, así que comienza con tu trabajo.

Luis rodeó la habitación y comenzó a tomar fotografías desde diferentes ángulos. Yo me fui a examinar la puerta. Como él había dicho, había sangre en el pomo interno y el externo y también en el cerrojo. Me aparté de allí y continué mi inspección en el cuarto de baño cuya cortina estaba recogida. Había un sanitario azul, como las baldosas de piso y paredes, una ducha, un pequeño gabinete con implementos de aseo y un cesto lleno de papel higiénico. Todo parecía estar limpio. La luz del baño estaba apagada, al igual que la de la habitación. Fui a la ventana para mirar a la calle y descubrí manchas de sangre en una de las cortinas, lo que me indicó que en medio de la lucha la víctima la había corrido, tal vez con la esperanza de pedir ayuda.

Luis terminó con las fotografías. Me acerqué al nochero y miré el contenido de la gaveta que tenía la manija ensangrentada: un par de preservativos, una billetera de cuero negro, un teléfono móvil de alta gama, un reloj Rado original, un cepillo para cabello, papeles y algunas monedas. Las otras dos gavetas estaban dentro y con las manijas limpias, así que deduje que el asesino debió encontrar lo que buscaba en la superior, si es que en verdad buscaba algo.

—¿Qué opina, Suescún? —me preguntó Leguízamo.

—Que tenemos un asesino muy cruel y con mucha sangre fría —respondí secamente.

—¿Cuál es su primera impresión?

Me sorprendió aquella pregunta viniendo de él. Al parecer el éxito de mi anterior investigación hizo que me ganara su credibilidad.

—Es un típico caso de asesinato en cuarto cerrado. Parece un robo que salió mal perpetrado por alguien que la víctima conocía.

Al menos eso nos ilustra la escena del crimen; pero las escenas del crimen pueden ser alteradas; por tanto, no son del todo fehacientes.

—¡Qué barbaridad! —exclamó—. Es la primera vez que me veo ante un crimen tan horrendo.

—Yo también, señor fiscal. Algo le pasa al mundo —observé mientras me ocupaba de Luis, quien se dedicaba a registrar en una grabadora que tenía pegada a los labios datos referentes a la escena y al cuerpo.

En las pocas palabras que logré captar oí que describía detalladamente el lugar, la posición del cuerpo, su temperatura y rigidez.

—¿Has terminado? —le preguntó el fiscal cuando vio que dejó de grabar.

—Sí. Ya podemos levantarlo —anunció poniéndose los guantes.

Yo me fui hasta el armario y saqué una sábana blanca. Luca cubrió con ella el cuerpo y el teniente dio una orden al policía que esperaba en la puerta. Al poco rato tres agentes más ingresaron con una camilla. Colocaron en ella el cuerpo y lo levantaron.

—Necesitamos buscar huellas y otras evidencias, pero eso será más tarde. Quiero presenciar la autopsia —dijo Luis.

—Está bien —aceptó el fiscal—. Teniente —se dirigió a Linares—, necesito que deje alguien aquí para que nadie entre.

—No hay problema —accedió.

Uno por uno salimos de aquel cuarto y seguimos por los pasillos a los cuatro agentes que llevaban la camilla como si fuera un ataúd, mientras otros dos iban delante impidiendo el acceso de posibles curiosos. A la salida uno de ellos tuvo que contener a una joven morena, alta y bien formada que, con el rostro impregnado de lágrimas, se abalanzó sobre el cuerpo gritando fuertemente:

—¡Óscar! ¡Óscar! ¿Por qué, Dios mío? ¡Déjenmelo ver! —clamaba frenéticamente.

Aquello me conmovió, tanto que tuve que fruncir el entrecejo y hacer una expresión dura para evitar que mis ojos se pusieran

acuosos. El cadáver fue introducido en el laboratorio rodante. Luis abordó su antiquísima moto y siguió al vehículo.

—Voy a tomarme un trago, ¿me acompaña? —me invitó Leguízamo.

—Creo que sí —acepté.

Aunque no había comido ni bebido nada alimenticio, me pareció buena idea pues tenía escalofríos, estaba trémulo y nervioso. Aquella macabra escena me había causado una fuerte alteración emocional.

Nos fuimos al Kiosco municipal ubicado en el parque principal. Uno de los lugares más emblemáticos y tradicionales del pueblo. Él pidió un aguardiente y yo un ron doble que me tomé de un solo trago.

Contrario a lo que pensé, no me hizo ningún bien. Los espasmos continuaron y noté que comenzaba a subirme fiebre. Me despedí de Leguízamo rechazando su ofrecimiento a tomarme otro y fui a buscar un taxi que me llevara a casa.

